

Después también sacó unas bragas negras del bolso, y se agachó y se las puso. A continuación trató de ponerse el traje sin haberse quitado la toalla que tenía agarrada sobre el pecho. Era muy complicado, porque no le cabía.

—Sesi.

Ella seguía intentándolo y no respondió.

—Sesi —insistió entonces Raúl—. ¿Es que no quieres que te vea desnuda?

Ella pareció darse por vencida y se sacó el vestido por el cuello.

—La verdad es que no —le dijo. Se había quedado parada en medio del cuarto, y su rostro expresaba consternación. En algún lugar del piso sonó un teléfono.

—Voy a salir del dormitorio, ¿de acuerdo? —Raúl se dirigió torpemente hacia la puerta. De repente estaba nervioso—. Será mejor que te espere fuera.

Antes de girar la manivela y abandonar la habitación, sin embargo, se dio la vuelta y se quedó mirándola unos segundos. Ella también lo estaba mirando.

—Qué pena, ¿no crees? —le dijo.

—La verdad es que sí —respondió ella.

Ninguno de los dos se lamentaba porque el deseo los hubiera abandonado: eso, bien mirado, suponía un alivio. Pero que el pudor los embistiese de aquella manera sí que era lúgubre e incomprensible.

Cuando Raúl cerró la puerta Sesi se vistió a toda velocidad, aunque antes de salir al pasillo tuvo que volver a sentarse en la cama y dejar que pasaran unos segundos. Se sentía mareada y bebió agua de la botella mientras volvía a escuchar, a lo lejos, el sonido del teléfono. Quizás aquel vértigo se debía a la temperatura inclemente del verano, o a que Sesi no había comido a mediodía.

O quizás era que no podía dejar de pensar en todas las cosas que, aunque siguiera viva, habían muerto en ella. En la cantidad enorme de cosas que morían todos los días, aunque la gente se olvidara de enterrarlas.

Berta Marsé

Berta Marsé (Barcelona, 1969) ha trabajado en el mundo del cine y ha publicado dos libros de cuentos: *En jaque* (2006), donde se recoge el cuento «La tortuga», con el que obtuvo el Premio Gabriel Aresti, y *Fantastías animadas* (2010). Colabora en diversas revistas y suplementos dominicales.

* * *

Me parece haber notado, en los cuentos españoles de los últimos años, cierta tendencia hacia lo fantástico que se destaca del realismo y de la temática actual que venía funcionando de años atrás; y que de todos modos sigue funcionando, y siempre funcionará. Pero me da la sensación —porque es más una sensación que una certeza—, que de un tiempo a esta parte se incide más en el aspecto más fantástico y aventurero del género, y en el gusto de contar por contar, donde quizá radica el origen del cuento. Lo cual me alegra mucho; a pesar de que la mayoría de mis cuentos tiendan, a veces fatalmente, al realismo puro y duro.

Para mí —los autores fundamentales son una cuestión bastante personal—, los escritores que dio el Sur de los Estados Unidos en la década de los 50, bueno, más bien entre los años 40 y los 60, fueron totalmente fundamentales y dejaron relatos gloriosos. Los cuentos de Truman Ca-

pote, de Carver, de Dorothy Parker, de Cheever, y un largo etcétera. Y fundamentales también los autores sudamericanos del llamado realismo mágico, incluso anteriores, como el gran Horacio Quiroga. De los últimos 20 o 30 años, destacaría la generación de autores ingleses —Ian McEwan, Julian Barnes, etc.—, así como a grandes autoras desperdigadas por diversas partes del mundo, como Alice Munro, o la italiana Elena Ferrante —último descubrimiento. ¿En español? Aldecoa, Carmen Martín Gaité, José María Merino, Cristina Fernández Cubas, Sergi Pàmies... No es fácil dar nombres, porque una no quisiera dejarse a nadie, pero...

Lo de don Vito

¿Por qué uno corre a toda prisa hacia la propia ruina? ¿Por qué la destrucción resulta tan fascinante? ¿Por qué, cuando uno está en la cumbre, no puede sino saltar? Nadie lo sabe, pero así son las cosas.

OSCAR WILDE,
en una carta a su amigo Carlos Blacker

La amistad entre Eva y Olga se remontaba a casi veinte años atrás, desde que Olga llegó a Barcelona desde Santander para ejercer de maestra en un colegio de monjas, justo frente a un local donde Santi, entonces novio formal de Eva, abrió una tienda de chucherías que sorprendentemente no funcionó. Santi traspasó el negocio, pero la amistad entre su novia y aquella profesora siguió adelante. Creció, floreció y se marchitó. Fue por lo de don Vito. Sucedió más o menos así.

PUNTO NÚM. 1: OLGA SE LO MERECE

Todo empezó cuando Olga ganó un viaje al Caribe por su fidelidad a determinado producto para la limpieza, y le pidió a Eva un gran favor: cuidar de don Vito durante dos semanas. Era del todo incapaz de dejarlo en una residencia.

No podía soportar la idea de que don Vito, que según Olga le entendía todo, pensase que le iban a abandonar de nuevo y se deprimiese mientras ella tomaba el sol bajo una palmera. No podría perdonarse si le pasaba algo malo justo cuando había decidido separarse *un ratito* de él. Estaba viejo y tal vez no le quedase mucho tiempo de vida; aunque eso lo venía diciendo desde que se lo encontró, hacía ya nada menos que siete años.

Don Vito era un viejo pequinés de color blanco. Los ojos saltones, legñosos y velados por las cataratas. Los dientes inferiores apuntando al frente. Renqueaba a causa de un perdigón instalado en la cadera, y padecía bronquitis crónica.

Eva creía que Olga le había puesto don Vito porque el animal gruñía constantemente para exhibir, como el temible padrino de la mafia, su mal genio. Pero no era exactamente así. Ocurría que el gruñido era su forma de expresión, debido más a su cuerpo deforme y maltrecho que a una muestra de su carácter, en realidad bonachón y bastante tímido. La lealtad incondicional del chuchó Eva la atribuía a la naturaleza algo estúpida de estos animales. A Olga no le ofendía la ignorancia de Eva; si bien esta era más importante de lo que su amiga estaría dispuesta a reconocer, hacía aún más valioso su amor por un chuchó decididamente feo, su pulsión por el indómito vejstorio que le dio nombre. Y Eva sentía un afecto tan profundo por Olga, un afecto que mezclaba sutilmente el cariño y la compasión; su amiga se había quedado solterona y su naturaleza la impulsaba constantemente a ayudar a los demás, y según Eva, una cosa tenía mucho que ver con la otra. Nunca olvidaría los consejos y el apoyo de Olga cuando, tras el fracaso comercial de Santi, y justo cuando se había quedado en estado, una duda planeó en círculos sobre el futuro de su relación. Ni tampoco lo cerca que estuvo de la cabecera de su cama durante los casi nueve meses que tuvo que guardar reposo. Olga le hizo mucha compañía y después de la cesá-

ra la siguió ayudando con la casa y el bebé. Como no podía ser de otra manera, Olga era madrina y profesora de la niña, Pili, que cuando lo de don Vito contaba trece años y acababa de aprobar con nota su educación primaria.

Total, que si Olga creyó que don Vito estaría más tranquilo y seguro en casa de Eva era porque tenía razones suficientes para creerlo. Y a Eva simplemente le entusiasmaba la idea de corresponder a Olga, de devolver favor por tantos favores, de saberse al fin útil y generosa y necesaria; si bien su euforia era algo desproporcionada, Olga conocía demasiado a su amiga y a punto estuvo de renunciar al premio por don Vito. Fue Eva quien tuvo que convencerla a fuerza de insistir en que se ocuparía de él gustosamente, en que podía y debía marcharse tranquila, en que no fuera tan tonta para desaprovechar su primera oportunidad de viajar gratis al extranjero, a todo lujo tal vez la única. Se lo merecía y punto. Y seguro que el chuchó, de ser cierto que todo lo entendía, pensaba lo mismo. Vacilante y aún abrumada, Olga entregó a Eva las llaves de su apartamento alquilado y a su receloso don Vito, y luego se marchó en un taxi.

Bien, pues lo que ocurrió es que don Vito pasó el primer par de horas de su verano en casa de Eva tumbado en su canasto, mirando a la familia entre el desconcierto y el mosqueo, huraño y desconfiado, probablemente asustado, soportando comentarios del tipo: pero mira que es feo, parece un mocho sucio, etc., etc., con los que Santi y Pili habían acogido la iniciativa de Eva.

Visto lo cual el perro giró la cara, la apoyó en el canasto y suspiró ruidosamente.

—Hablad más bajito, que lo entiendo todo.

Eva tuvo que repetirle un par de veces a los suyos, pero no hubo caso, así que prohibió tajantemente cualquier comentario humillante o queja sobre la estancia del perro de Olga en su casa. Y punto. Entonces Pili salió a regañadientes a comprar unos helados al chiringuito. Vivían en las afueras de Barcelona, en una casa adosada en una urbaniza-

ción a dos manzanas de la playa. Acababan de empezar las vacaciones de verano. Voluntariamente, es decir, sin que nadie hiciera nada por evitarlo, don Vito salió tras la niña a trote derrengado, y en el primer cruce lo atropelló un camión.

Así fue la cosa, más o menos. Pili no dio muchos más detalles cuando volvió, un poco pálida y avergonzada, con los tres cucuruchos. Simplemente oyó un bocinazo de la hostia, dijo, y cuando se giró el Don era una calcomanía en el asfalto. Qué fuerte, repetía sin cesar. Apenas unas horas después de que su madrina lo dejara a cargo de su madre, eternizando la despedida entre promesas y disculpas, dudas y remordimientos, don Vito ya estaba muerto. Demasiado fuerte.

Eva se sintió tan horrosamente mal que casi perdió el conocimiento. Veía doble y le zumbaban los oídos. Al final vomitó y su marido y su hija tuvieron que ayudarla a subir las escaleras y acostarla hasta que se le pasara el disgusto. Antes de la cena, Eva convocó una reunión de urgencia en la cocina para tratar el asunto.

PUNTO NÚM. 2: LO DE DON VITO

La preocupación más urgente de Eva era la llamada de Olga, que no tardaría en hacer su entrada en escena por vía telefónica, estaba crispadamente segura. Olga llamaría cada día antes de la cena para dar las gracias y pedir el parte. Esa era su meticulosa y agradecida forma de ser. Según Eva, lo mejor era ocultarle a Olga lo de don Vito, disimular durante quince días, y si era necesario mentir como bellacos, con la piadosa intención de no estropear a su amiga del alma las vacaciones de su vida.

—Cuento con vosotros —concluyó, emocionada.

Se hizo un silencio desconcertante. Ni Santi, en vistas a levantar otro negocio a principios de otoño, ni Pili, preocu-

pada por si su aparato dental hacía sombra al brote incipiente de sus pechos, percibieron nada de las verdaderas preocupaciones de Eva, los verdaderos miedos que se ocultaban tras tan ingenuo plan. Para ellos lo de Don Vito había sido un accidente fortuito y fatal, y así era como había que afrontarlo. Olga entendería, ¿qué otra cosa podía hacer?, y aceptaría sus sentidas disculpas. Así que oyeron a Eva sin escucharla, y la vieron sin mirarla. Al comprobar que no la apoyaban ni el marido ni la hija, Eva se vino abajo.

—Vamos... —dijo Santi, con cierta pereza—. ¿No crees que estás exagerando un poco?

—En realidad es mejor así, mamá —dijo Pili—. Ten en cuenta que estaba viejo y sordo, seguro que no se ha enterado de nada.

—¡Tú sí que no te enteras de nada! ¡Todo esto ha sido culpa tuya! Si hubieras cerrado la puerta, o cogido la correa, o si por lo menos hubieras tenido la precaución de voltear...

—¡Yo no sabía que me estaba siguiendo! —saltó Pili, que esperaba la acusación—. ¡Y tú también podías haber estado al loro, si resulta que tanto te preocupaba!

—No os peleéis, va —medió Santi, y luego le pasó a Eva su pañuelo—. La niña tiene algo de razón. El pobre no ha sufrido y seguramente le hemos evitado lo peor. Una vejez patética, una enfermedad lenta y denigrante, un lastre para Olga en cualquier caso.

—Olga... La pobrecilla. ¿Cómo hemos podido hacerle algo así? Se sentía más segura si lo dejaba a nuestro cargo.

—Ese *nuestro* hizo coincidir las miradas de padre e hija—. De hecho, si lo tiene que dejar en la residencia es que no se va... ¡Y yo se lo prometí! El primer día, de su primer viaje, en el primer cruce... Pero qué vergüenza, por favor... ¡Santi, casi no puedo soportarlo!

—Mortificarse no sirve para nada, Eva, lo que hay que hacer es dar la cara cuanto antes. —Y Santi levantó la cara de su mujer por la barbilla, desencajada, mocosa; pero ni así

captó la gravedad del lamento, el anuncio de su quiebra: *Santi, casi no puedo soportarlo*—. Ahora bien, si tú crees que debes ocultarle a Olga lo de don Vito, pues hazlo. Al fin y al cabo tú tomaste sola todas las decisiones respecto a este asunto, así que no veo por qué ahora debería ser de otra manera, ni por qué de repente necesitas contar con nosotros.

—¿Y cómo crees que voy a ser capaz de mentir a Olga durante quince días? Ya la conocéis, me hará toda clase de preguntas, querrá detalles, y no se conformará con cualquier cosa... Solo pido que me ayudéis a no estropear el premio de Olga por algo que ya no tiene remedio, supongo.

—Sigo sin entender qué es lo que quieres que hagamos Pili y yo.

—Papá, yo sí.

—Tú te callas.

Eva se sonó la nariz. Luego se quedó largo rato mirando las cortinas de ganchillo que ocultaban la cocina de la calle.

—Pues aún no lo sé exactamente... —dijo al fin—. De momento, fingir conmigo.

—La familia que finge unida, permanece unida —apostilló Pili de perfil...

—¡Deja de jorobar, Pili, que te la estás buscando! —gruñó Santi.

—Olga se lo merece —dijo Eva—. Y punto.

Santi se levantó para masajear la nuca de su esposa, que había empezado a llorar de nuevo. Le decía que todo iría bien mientras dirigía a la hija adolescente una mirada severa. Pili permaneció un buen rato con el dedo índice levantado. Tenía algunas dudas: ¿fingirían hasta la vuelta de Olga y entonces le dirían la verdad: que le habían estado mintiendo para no arruinarle el premio, que a su perro lo espachurró un camión en el primer cruce de la comarcal en dirección Barcelona? ¿O la verdad se perdería en algún punto del cuento, por fea y cutre, y tendrían que fingir para siempre jamás? ¿Era eso lo que Olga merecía realmente? ¿La familia que fingía unida, permanecería realmente unida?

PUNTO NÚM. 3: LA COCINA VERDADERA

A medianoche, harta de dar vueltas en la cama, Eva se levantó y se dirigió a la cocina. La suya era una de aquellas cocinas que representan, con su acceso a la calle y al interior de la casa, el núcleo de la célula familiar de clase media, donde la familia se alimenta y se miran las caras, donde se discute el asunto en cuestión. El aspecto de una cocina, Eva solía decir, revela el alma de quien la trajina, y de quien no la trajina también. Una cocina a imagen y semejanza del ama de casa.

La cocina de Olga era impecable pero austera. La suya también era sencilla, pero en general resultaba más coqueta. Unos palilleros simpáticos por aquí, unos ramilletes secos por allá, detalles aparentes para colorear los vacíos. No era una cuestión de gustos, era una cuestión de estilos. Olga no tenía reparos en exhibir sus vacíos, mientras ella tendía siempre a embellecerlos, sí, eso era lo que pasaba, y en el caso de que no tuviesen arreglo, en sepultarlos de cosas bellas y necesarias. Bueno, tal vez no fuesen necesarias, pero ¿acaso no eran bellas? Y si ni siquiera eran bellas, bueno, pues en ese caso... ¡qué mierda eran y qué estaban haciendo allí?! Fue solo una impresión inmediata, e inesperada. Eva se había colado silenciosamente en su propia cocina desprevenida, en plena noche cerrada, y le pareció encontrarse de pronto en cualquier tenderete de mercadillo barato, donde todo estaba expuesto a la vista y al juicio del público.

Lo que pasó en realidad durante aquellos segundos fue que un doloroso fagonazo de lucidez enfrentó a Eva, por primera y última vez en lo de don Vito, a sí misma y a la magnitud de su cagada: había fallado a su amiga del alma. Y había sido la suya una cagada estrepitosa, funesta, imperdonable. Algo que no podía suceder, nunca, bajo ningún

concepto. Y punto. No obstante, no solo había sucedido, sino que en esos instantes de sinceridad se sabía del todo incapaz de asumirlo, ni tan siquiera de aceptarlo. Menos aún de confesárselo a Olga... De confesarle que mentía cuando le decía que era capaz de cuidar del perro, que mentía cuando decía que deseaba hacerlo, que mentía por amor, pero mentía. Y ahora esa mentira se había materializado en lo peor que podía suceder. No se lo diría nunca, ni por teléfono ni cara a cara, ni a la primera ni a la segunda. No se lo diría nunca jamás. Sin embargo, algo le tendría que decir... Había que empezar a buscar, en nombre de su amistad, una mentira más aparente para lo de don Vito.

PUNTO NÚM. 4: LA MENTIRA INAUGURAL

A la mañana siguiente la cabecita de Eva había esbozado ya algunas ideas. Lo primero era sacar el cuerpo de don Vito de la carretera. Hizo acopio de valor y visitó el lugar de la tragedia pero, al ver la maraña de pelo ensangrentado, tan pegado al asfalto como el musgo a la piedra, solo logró sentirse aún peor y por la tarde hubo que llamar al médico. Unas pastillas para los nervios, y otras para frenar la descomposición, la sumieron en un letargo que la tuvo el resto del día flotando en una marea de sensaciones contradictorias.

Al anochecer, un telefonazo la arrancó de un sueño agotador en el que no hacía más que perder trenes y cargar con bolsas y maletas muy pesadas. No tenía condenadas ganas de atender la conferencia, con la lengua áspera de un gato, pero no podía hacerle eso a Olga... A la pobre le había costado tanto, tanto decidirse. Su humilde y provinciana amiga acababa de cruzar el océano por el aire, sola a sus cincuenta años, y ya debía estar instalada en un hotel caribeño de cinco estrellas. Sus emociones, honradamente merecidas, estaban en manos de Eva, que ahora podía arruinarlas

o convertirlas en una farsa. Aunque era esta una decisión que ya había tomado la noche anterior, cuando oyó que Santi respondía la llamada desde la cocina se sintió tan aliviada que se le escaparon unas gotitas de orina en la cama. Pero la puerta de la habitación estaba entornada y le escuchó perfectamente:

—¡Hombre, Olga! ¿Cómo va todo? (...) Me alegro (...) Eso dicen, sí (...) Pues hala, a disfrutar (...) Bien, supongo (...) Nooo, qué va a dar murga el animalito... (...) Bueno, no sé, ya sabes que es Eva la que se ocupa de todo (...) Es que yo no sé nada, Olga, soy el último en enterarme de todo lo que pasa en esta casa (...) ¡Ja, ja! (...) Espera que te la paso y ella te cuenta, ella te cuenta.

Santi subió las escaleras de tres en tres y anunció:

—Es Olga.

Eva se hizo la dormida, pero de nada sirvió.

—Quiere saber cómo está Vito. Anda, cariño, ¿por qué no te pones y le dices, para tantearla, que está como ausente y casi no ha comido nada?

Eva se incorporó como un resorte, con todo el pelo apelmazado a un lado de la cara.

—¡Por qué qué coño no la tanteas tú?! —Debía de estar muy furiosa, porque no era mujer de decir tacos en voz alta—. ¿Eh? Y si no tienes huevos ¿por qué no le has dicho que me encuentre mal y que me llame mañana, por ejemplo?

—Oye, oye —dijo Santi, dando unos pasos hacia atrás, agitando las manos—, que fuiste tú la que se empeñó en cuidar al perro, tú la que le dejó salir alegremente tras la niña. Yo solo trato de ayudarte, Eva. Y ahora haz el favor de coger el teléfono si no quieres arruinar a tu amiga, quiero decir, también económicamente.

Santi volvió a la cocina, pero no a preparar la cena, sino a espiar la conversación desde el otro teléfono. Olga estaba abrumada por el lujo del hotel, decía que le daba tanta vergüenza lo bonito que todo le parecía que se sentía ridícula y no podía ni hablar de los nervios. Pues que se lo

contase todo en una postal, sugirió Eva, porque las llamadas internacionales desde hoteles de lujo eran un robo a mano armada. Tras la conmovedora confesión de Olga vino la ráfaga de temidas preguntas sobre don Vito, que Eva respondió con monosílabos de patetismo. ¿Estaba triste? ¿Había comido ya? ¿Creía que la añoraba? ¿Había hecho la caca bien? ¿Qué estaba haciendo en esos momentos? Eva le dijo que no debía preocuparse por él, pero Olga insistió en que lo estaba y quería estarlo, porque era lo único que tenía en este mundo, su Vitorino y ella. La verdad, añadió, para mayor escarnio de Eva, era que no sabía qué habría hecho sin ella... Hubo un silencio transoceánico durante el cual Santi escuchó a Eva tragar una bola de saliva amarga. Y cuando Eva le dijo a Olga que tanto don Vito como ella habían perdido el apetito y estaban como ausentes, solo consiguió preocuparla y prometer que llamaría más tarde para saber cómo estaban los dos. Eva intentó disuadirla, pero fue inútil. Santi empezaba a vislumbrar la magnitud de lo de don Vito, el espectáculo de la ruina familiar que prometía, pero en vez de subir las escaleras para tranquilizar a su mujer y ayudarla a asumir su culpa, concertó una cita para firmar el alquiler de un local en la ciudad y desapareció sin cenar ni despedirse.

Más tarde, de nuevo en la cocina, Santi y Eva retomaron la discusión. Santi culpó a Eva de haber cometido una imprudencia al aceptar ocuparse del perro, cuando no era capaz ni de cuidar de sí misma. La acusó de irresponsable al haber tomado ninguna medida de precaución, sabiendo que don Vito estaba tan torpe y era tan importante para su amiga del alma. Y Eva acusó a Santi de desentenderse de las cosas sin tener la humildad de omitir cómo deberían o no haberse hecho, siempre después, siempre demasiado tarde. Le hizo saber lo inútiles e inoportunos que eran sus juicios a toro pasado. Salieron algunos trapos sucios, viejas rendijas, y no se dieron cuenta de que Pili acababa de llegar del cine con una amiga y la estaban avergonzando.

—¡Sí, claro, tú quieres que tu amiga disfrute de las vacaciones por encima de todo, aunque sea a costa de arruinar las de tu propia familia!

—¡Te recuerdo que Olga también es mi familia! ¡De no ser por ella yo ni siquiera tendría una familia!

—¡Pues si de verdad consideras a Olga de la familia, miedo me das, Eva, miedo me das! ¡Dudo que nadie pueda comportarse de forma más cobarde e insensata, precisamente con alguien de la familia! ¡Por Dios, mujer, dile lo que ha pasado y punto!

El timbre del teléfono empezó a atacar.

—¡Díselo! —chilló Santi—. ¡Díselo o se lo digo yo! Puede que Eva desease oscuramente que Santi cumpliera su amenaza y pusiera fin a aquella pantomima. Pero, cuando los tres se abalanzaron sobre el teléfono, fue Eva la que se hizo con el control del aparato y envió a todos al jardín con un gesto de cabeza. Sentados en el balancín, bajo la penumbra estrellada, Santi se reafirmó en su teoría de que lo mejor era mantenerse al margen y lanzar pelotas fuera, a medida que se le viniesen encima. Pili había recibido un codazo y le sangraba un labio. Cuando vio a su amiga correr avenida abajo se sintió diferente e incomprendida.

PUNTO NÚM. 5: PILI LA AUDAZ

Pero, de algún modo que no sabía precisar, Pili había intuido que su madre no quería ni podía dar aquel paso, e intentó ayudarla a buscar una mentira sino más aparente, menos cutre para lo de don Vito. Entonces recordó a aquellos pequinés que sobrevivía con una manada nocturna de perros abandonados, cojeando cerca de la estación, y no se lo pensó dos veces.

A Santi, que seguía pensando que todo lo que no fuera decirle a Olga lo que había ocurrido en realidad era un auténtico disparate, le pareció una locura propia de su

ingenuidad. No solo Olga reconocería a don Vito entre un millón, y viceversa, es que además no podía haber demasiados perros con las características de don Vito. Pero Pili defendió que su idea no estaba del todo hueca con tres argumentos de peso: primero, que a ninguno se le ocurría algo mejor; segundo, que nada perdían por intentar domesticarlo y dar el cambio, mientras esperaban la vuelta de Olga y fingían al teléfono; y tercero, que Olga valoraría cualquier iniciativa con buena voluntad, y en cualquier caso tener otro perro en quien ocuparse a su vuelta mitigaría la ausencia de don Vito. Eva y Santi miraron a su hija como si aquel sentido práctico fuese algo nuevo en lo que ninguno de los dos tenía nada que ver. Pero Pili no les dio ninguna oportunidad para sacar conclusiones: el nuevo pequinés ya estaba en el garaje, escondido debajo del coche, absolutamente aterrorizado. A Santi le mordió en una mano y quiso acercarse al ambulatorio para vacunarse de la rabia lo antes posible. Eva parecía muy decepcionada:

—No se parece a don Vito... ¿Es que no ves que tiene el lomo lleno de pelos oscuros? Y no tiene ni los lagrimales ni el hocico tan rosas como Vito. Hola, perrito. Te han abandonado, ¿eh? Pobrecito... Parece más joven que él. Y menos fiero.

—¿Menos fiero, dices? —intervino Santi—. ¡Pero si al lado de este el otro era un bendito!

—Tú tranquila, mamá —se destacó Pili, asumiendo el mando con decisión—. Ya verás como se le parece bastante. Tú hazme caso. Es que está muy sucio. Primero vamos a lavarle bien, y si es necesario lo teñimos un poco con Andina.

—¿Qué es eso? —preguntó Santi, pero madre e hija se habían puesto manos a la obra con tanta determinación y coordinación que Santi se sintió de pronto como un estorbo—. ¿Pero qué estáis haciendo? —preguntaba a una y a otra, que actuaban como si hubieran hecho aquello, lo que

fuera, millones de veces: la una frotar y refrotar el lomo del perro, la otra preparar un unguento espeso a base de mezclar unos polvos y una crema, la una inmovilizar al perro con una toalla alrededor del cuello, la otra extender el potingue con una espátula sobre la cara, evitando el hocico y el contorno de los ojos, según las indicaciones que daba la una:

—Ponle más ahí, ahí... —Pili se refería a los penachos negros que le nacían en la base de las orejas, y que resultó que no eran roña como ambas creían.

—¿Se puede saber qué pretendéis con ese potingue apestoso?

—Afloja un poco, hija, que lo estás estrangulando —dijo Eva.

—¿Me estáis escuchando? —seguía Santi—. ¿Acaso os habéis vuelto locas?

Eva metió sin querer un poco de Andina en el ojo del animal y este se quejó.

—Hostia, mamá —la increpó Pili.

—Es tu padre, que me pone nerviosa.

—¡Creo que tengo derecho a saber qué mierda le estáis haciendo a este pobre perro! ¡No voy a permitir que termine como el otro!

—Andina es con lo que nos teñimos los pelos de los brazos, papá —dijo Pili, más por evitar una discusión que por poner a su padre al día.

—¿Que os teñís los pelos de los brazos con qué? ¿De qué está hablando, Eva?

Eva y Pili se burlaron de Santi, que en aquella carrera de obstáculos iba en último lugar, y derribando todas las vallas. Fueron los únicos momentos un poco distendidos de aquel verano. Además, desde el garaje no podían oír el timbre del teléfono y, mientras ninguno de los tres cometiese el error de recordarlo en voz alta, se sentían seguros. Fue la única llamada de Olga que no atendieron. En algún lugar paradisíaco, Olga se apiadó y no insistió.

PUNTO NÚM. 6: SE BUSCA

A la mañana siguiente Eva y Pili cogieron el coche y llevaron el perro al veterinario porque tenía convulsiones. Pasaron un mal rato cuando les dijeron que padecía una intoxicación química a la que difícilmente sobreviviría. Volvieron a casa sin decirse nada. Cuando llegaron Santi no estaba; a pesar de que se había ofendido tanto que había decidido hacerse el mártir y no vacunarse para ver si se le infectaba, en cuanto le había parecido que aquello amarilleaba se había ido hasta el ambulatorio andando. Eva propuso a Pili lavar el coche a cambio de dinero para el cine, y Pili aceptó. Una vez sola, Eva anestesió su mala conciencia con ayuda de una pastilla, una cerveza helada y un programa de televisión. El carácter de la crisis que se estaba viendo en aquella casa quedaba reflejado en la postura adoptada por cada uno de sus habitantes: la deserción de Santi, la audacia de Pili, el hundimiento de Eva.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pili a su madre, al verla tan pálida y cubierta con una manta, pese al calor sofocante de la tarde—. Parece que hayas visto un fantasma...

Lo que Eva acababa de ver era un documental sobre naturaleza salvaje.

—El pez payaso vive inmóvil en el fondo del mar —dijo con afluencia—. Tiene que permanecer siempre quieto, como petrificado, porque al más mínimo movimiento los cuarenta tiburones que nadan tensos y acompañados sobre él, ¡se le abalanzan y lo despedazan en medio segundo! Un leve gesto y el pobre pez payaso es desintegrado violentamente, y no queda ni la raspa, Pili.

—Bueno. Al menos no sufre.

—¡Y dale con lo de que no sufren! —Eva parecía realmente traumatizada—. Qué sabrás tú de lo que es sufrir en vida, sufrir de terror, de hostilidad...

Y cuando Pili suspiró y estiró la mano para recibir el bilette, a Eva la traicionó el subconsciente:

—Ya que sales, tráeme de la farmacia algo para los mordimientos, anda.

Eva pasó toda la tarde silenciosa y enfadada, hasta que se le ocurrió esta idea: redactar un anuncio como si don Vito se hubiese perdido. El anuncio era un señuelo, evidentemente, entre otras cosas porque sus vecinos estaban de vacaciones lejos de la urbanización. Era solo para dejar constancia de su búsqueda, de su desesperado intento por recuperar a don Vito para Olga, pues eso es lo que le dirían a su vuelta, que don Vito se perdió, que hicieron todo lo posible, que sembraron la urbanización de carteles y movilizaron toda la comunidad. Y punto. Era menos trágico para Olga, y a Eva la haría sentir menos culpable.

Más tarde, y en vista de que a Eva no había quien la apoyase de esa idea, Santi redactó el anuncio en el ordenador de la niña. Recortó la cara del perro de una foto, don Vito con jersey de invierno en brazos de Olga, y la cosa quedó más o menos así: SE BUSCA (en mayúsculas bajo la foto), pequinés macho, blanco, viejo, sordo, cojo. Responde al nombre de don Vito, si es que responde. Para cualquier información ponerse en contacto con tal al teléfono cual. Cuando Eva sugirió que no estaría de más ofrecer algún tipo de compensación económica, Santi se negó categóricamente. En medio de la discusión Pili intentó averiguar quién de los dos estaba bromeando, quién, su padre o su madre, estaba perdiendo la noción de la realidad y estaba más majareta. Porque si nadie podía de ningún modo y nunca jamás avistar al pobre don Vito ¿a qué venía una recompensa? ¿Y a qué venía negarse? Pero Pili nunca hallaba eco cuando sus padres discutían de dinero, y como estaban discutiendo en su habitación, se fue al jardín a mirar las estrellas.

Entrada la noche, Santi pegó algunos carteles por las calles desiertas de la urbanización, pero enseguida se sintió ridículo y acabó quemando el resto en una fogata en la

playa, por lo que fue reprendido por los mossos d'esquadra. Eva estuvo dándole más vueltas a la cabeza hasta que decidió echar mano de los ahorros y enviar a Pili, cuya conciencia despertaba en un momento de lo más inoportuno, de colonias al valle más húmedo del Montseny. Y punto.

Pero todavía más húmedo era el valle al que Eva se dirigía, ciegamente, punto a punto.

PUNTO NÚM. 7: EL PEZ PAYASO

Santi madrugó para ayudar a su hija a preparar la mochila. Una vez en el coche, totalmente cubierto de humedad, Pili le pidió por favor que la ayudase a desincrustar el pellejo del asfalto y enterrarlo en algún lugar discreto. Era lo último que podían hacer en todo aquel fúnebre asunto.

Amanecía mientras padre e hija cavaban al borde de la carretera. Luego, Santi despegó el cuero del asfalto y lo dejó caer de la pala al pequeño hoyo. Entonces a Pili le vinieron una serie de recuerdos muy concretos de don Vito: la preocupación en sus ojos grises cuando el taxi de Olga desapareció de su vista, la discreción y la timidez con las que se adentró en casa, su disposición a seguirla con alegría, a pesar del perdigón y de sus deteriorados bronquios. ¡Qué injustos habían sido con él, qué mal le habían recibido su padre y ella, qué imprudente había sido su madre! Y encima, tras la muerte violenta lejos de su dueña, y tras siete días pudriéndose al sol, don Vito era enterrado en hoyo anónimo mientras tal vez otro ocuparía su lugar junto a Olga, o en el peor de los casos, en el hueco de una tumba más aparente. Y sintió tanta lástima que robó las mugrientas flores de plástico que señalaban un punto negro en la calzada, y en un emotivo impulso las ató al quitamiedos entre los bocinazos de los camioneros y sus tremendas obscenidades, las primeras dirigidas a su tierna feminidad.

De camino a las colonias le preguntó a su padre qué era lo que había pasado, por qué no habían frenado el asunto cuando aún podían y le habían seguido la corriente a Eva, en vez de ayudarla a hacer frente a la verdad. Pero Santi no sabía ya qué decir; y era muy fácil para él echarle todas las culpas a Eva, quien además se sentía cómoda en el papel de mártir. A menudo, sermoneó, no eran las meteduras de pata las que lo jodían todo, sino lo que se hacía inmediatamente después. En ese caso, dedujo Pili, tampoco ellos habían estado a la altura de las circunstancias, y tenía intención de decírselo a su madre en cuanto llegase a la masía. Sí, la llamaría para decirle solamente eso, que tampoco ellos habían estado a la altura; quizá fuera suficiente para que una lucecita prendiera en la oscuridad, indicándole a Eva el camino de vuelta a casa.

Y quizá esas palabras hubiesen sido suficiente. Pero el teléfono de Eva comunicaba sin pausa. Y cuando encendieron la hoguera y las guitarras empezaron a sonar, Pili olvidó su propósito y se sumó a la fiesta.

Y es que el timbre del teléfono había empezado a aguijonear a Eva desde primera hora de la tarde, y ya no paró, atacando sus nervios como los tiburones al pez payaso. Resulta que los vecinos no solo no habían abandonado la urbanización por vacaciones, sino que al parecer no hacían otra cosa que ver pequineses blancos por todas partes. En el mismo día le vieron cagando en la playa, rastreando en las basuras junto a la estación, enganchado a una perra, y espachurrado en la carretera comarcal en dirección Barcelona. Los días siguientes Santi patrulló con el coche en busca de no sabía qué ni de quién, taciturno y secretamente hartado de lo de don Vito, mientras Eva miraba documentales con una cerveza en una mano y el teléfono en la otra.

—Son pistas falsas, nos están tomando el pelo... —dijo Santi la tarde en que tiró la toalla, al igual que tiró la visera sobre la mesa de la cocina—. Me temo que hemos sobreestimado a nuestros vecinos, cariño. Están sin blanca, como nosotros. Los buzones están llenos de propaganda, sí, y las

casas parecen deshabitadas, pero escucha lo que te digo, Eva, tras las respetables y siniestras cortinas de ganchillo, de cada respetable y siniestra cocina, los televisores están encendidos... Y respetables y siniestras amas de casa cocinan en la penumbra cachondeándose de nosotros. Están aquí, Eva, y se aburren. Eso es lo que pasa.

Era una teoría turbadora. Tanto si era verdadera como si la había urdido Santi, para escaquearse o para atormentarla, a Eva le pareció igual de terrorífica, y se hundió un poco más en el sofá, bajo el peso de la manta. De pronto sentía que su familia era hostil, su casa una frágil madriguera, su vida una condena que respondía a un deseo: ¿no quería tener una familia? Pues eso era una familia.

—Yo me voy al local, al fresco de la noche se trabaja mejor —dijo Santi, antes de irse.

Eva se quedó terriblemente sola, esperando la llamada de Olga, bebiendo a pie firme camino del desastre. El teléfono sonó. Y Eva mintió a Olga, que, una vez oído lo que quería oír sobre don Vito, confesó que empezaba a encontrarse cómoda sin el deber de complacer a nadie, pero sin saber aún qué hacer con su modesta persona. Ah, las confidencias de Olga, que nunca vacilaba cuando se abría hacia dentro. Pero la intimidad y el remordimiento dejaban a Eva tan exhausta que en cuanto colgaba se abría otra cerveza y se la bebía a morro bajo la manta, pensando en la suerte del pez payaso y sufriendo por él. Sufriendo.

PUNTO NÚM. 8: EVA AL TELÉFONO

Estupendamente, Olga, don Vito estaba estupendamente, como un rey... Las siete de la mañana eran, pero no importaba, estaba sola... ¿Pili? ¿Piluca? Ay, Olga, no sabía qué borde y contestona estaba, y qué pesadita con las comidas desde que llevaba hierros, pero que empezaba a vislumbrar en ella cierta astucia que la llenaba de esperanza, por

que, la verdad, en el instinto comercial de Santi ya no tenía muchas esperanzas...

Que comprendía que como clínica veterinaria de urgencias estaban funcionando a esas horas, pero un poquito de compasión, hombre, que solo eran las siete y media de la mañana y en aquella casa estaban de vacaciones... ¿Qué contra todo pronóstico la perra se había recuperado? ¿Qué perra? ¡Dios santo, era una perra! No, no... No tenía puñetera idea de qué pensaba hacer con ella...

Vaya por Dios, hija, que se había olvidado la linterna y la cantimplora, pero ¿a que no se había olvidado del biquini ni de la plancha del pelo?... Que no, que su padre no estaba, las obras del local le tenían muy ocupado y no le veía el pelo... Que sí, que seguían las llamadas morbosas de los vecinos... Que si comía, qué y cuánto comía... ¿Que todas las chicas eran cursis y todos los chicos marranos? Pues que espabilase y punto. Y que si se aburría se comprase un loro, perro no, que ya tenían...

¿Qué vecino dice que era? No le conocía... Que no se alarmase, pero ¿por qué se iba a alarmar? Como que creía que su perro había tenido un accidente... Que estaba muerto lo decía él, quien quiera que fuese... Ya, que no pretendía ser desagradable pero lo estaba siendo. Pues no, que no le creía y punto, y no tenía ninguna intención de comprobarlo por sí misma... Un pegote sanguinolento lo sería él... ¡Que se fuera a la mierda! Guarro. Carroñero. ¡Carroñeros todos! ¿Acaso no tenían nada mejor que hacer? Qué cobardía y qué mala leche, cuando ella ya sabía que estaban ahí...

A buenas horas, Santi, para variar... ¿Qué tampoco hoy iba a dormir? Pues se acababa de desatar una tormenta eléctrica y tenía mucho miedo. No era ninguna broma, no, que no estaba ella para bromas... Claro que él siempre tendría demasiada poca imaginación para el miedo... Bueno, que sí, que había tomado dos o tres, quizá cuatro cervezas... ¿Le había contado ya lo del pez payaso? Pues le daba igual, se lo pensaba volver a contar y punto. Resulta que el infeliz solo vivía para impedir una muerte violenta, ¿imaginaba una vida más absurda?

No se lo podía creer, Olga de nuevo, ¿pero por qué no invertía el coste de las llamadas en un curso de submarinismo, por ejemplo? Gastarse un dineral en teléfono, ¿eso sí que era un disparate! Con una postal era suficiente... No eran petardos, que va, eran truenos... ¿Que a Vitorino le asustaban los truenos? Bueno, a ella también y se aguantaba, qué remedio... Además ¿no decía que estaba sordo como una tapia?

Que su nombre era Eva, que vivía cerca del mar, en las afueras de Barcelona, y que lo que quería decir era que había cometido una pifia imperdonable y como no había tenido el coraje de asumirlo, y aún menos de dar la cara, se había metido en un lío del copón, que su hija se avergonzaba de ella y su marido la huía, y que veinte años de amistad y otros tantos de matrimonio se habían ido a la mierda en quince días... ¿Cómo que apretase los dientes y aguantase? ¿Qué clase de consejo era ese? ¿Pero ese no era el teléfono de la esperanza? ¿Y no estaban ellos para consolar?

PUNTO Y APARTE

Qué llevó a Eva a recoger la perra en la clínica veterinaria, pagar la cuenta y llevársela a casa es el último punto de esta historia que contó con testigos indirectos; porque una vez en casa Eva cerró las respetables y siniestras cortinas de ganchillo, instaló a la perra convaleciente en el canasto de don Vito y decidió permanecer lo más quieta posible hasta la vuelta de Olga.

El local de Santi en reformas para llegar a tiempo a su inauguración, prevista a principios de otoño. Las colonias de Pili exprimidas al máximo, a fuerza de determinación y ganas de divertirse. Las vacaciones regaladas de Olga a punto de finalizar. La pesadilla en curso de Eva, amortiguada tras las ventanas de su cocina, mientras ella seguía viendo documentales con el volumen del televisor al mínimo. Con las cortinas echadas y el buzón a reventar de propaganda,

enseguida cesaron las llamadas morbosas de los vecinos, y por fin se hizo la calma... Hasta que de pronto Eva abrió los ojos con asombro, señaló la pantalla y dijo:

—¿Sabías que en el fondo de los fondos oceánicos, en la helada oscuridad, se producen erupciones con fuego y todo? ¿Sabías que hay seres gelatinosos, fosforitos, absolutamente horripilantes, reproduciéndose ahí abajo? ¿En las profundidades del abismo? ¿En condiciones extremas?

Pero la perra le volvió la cara, dolida aún porque le habían arrebatado su libertad, intoxicado y luego confinado en una cocina oscura y abarrotada.

Era un mediodía cruel de finales de verano cuando el sudado cartero, harto de intentar meter una postal en el buzón de Eva, acabó empujándola por la rendija de la puerta de la cocina. Una playa de aguas cristalinas, en la orilla las siluetas de una pareja enamorada, junto a una esbelta palmera, coronada por dos cocos peludos.

PUNTO FINAL

Eva querida:

Tenías razón, una postal es suficiente para dar fe de unos hechos, aunque estos sean extraordinarios. Finalmente me apunté a un curso de submarinismo, como bien me sugirió. Mi profesor, un hermoso moreno cargado de paciencia, me ha enseñado a bucear y me ha ayudado a encontrar el tesoro escondido. Me jubilo, Eva, y me quedo aquí, en el paraíso, junto a él. Por favor, dile a Santi que puede vaciar mi casa y vender los muebles ruinosos. Con lo que saquéis, cuidar de don Vito el ratito que le quede de vida. Quién nos lo iba a decir, amiga mía, que en el fondo del mar yo encontraría el amor... El amor, Eva. ¡El amor!

Tuya siempre:

Olga.